



Todo eso
que nos une

ANA CAMPOY

Todo eso ^{que} nos une

Todo eso
que nos une

ANA CAMPOY

ANAYA

1.ª edición: mayo de 2018

© Del texto: Ana Campoy, 2018
© Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Álex Alonso

ISBN: 978-84-698-3640-8
Depósito legal: M-7569-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para Amanda,
porque esta es nuestra historia*

Capítulo 1

De: Anne Rottenmeier

Para: Charlotte Rottenmeier

Asunto: Mi nuevo trabajo

No, querida. No me he vuelto loca. Es la única salida que he encontrado para mi precaria situación. Sé que no me crees, pero te aseguro que es cierto: encontrar alojamiento en Frankfurt está siendo más complicado de lo que pensaba. Decías que te daba miedo aquella idea de irnos a ver gorilas africanos, la fauna salvaje. Pues bien, ESTA es la fauna salvaje. Cuando tenga tiempo, te relataré mis aventuras por la ciudad en busca de un hueco cochambroso al que llamar apartamento. Ya verás como entiendes mi postura y mi decisión desesperada.

En serio. Esto tampoco está mal. Ser *au pair* de una niña bien educada unas horas al día tampoco es nada del otro mundo. El padre apenas para en casa, así que podré expandirme a mis anchas y colonizar el piso (¡y qué pisazo!). Alucinarías de lo limpio y lo caro que es todo. Sin duda, esta gente tiene muuucha pasta.

Bueno, hasta aquí por hoy. Tengo que deshacer la maleta y establecerme en mi nuevo hogar. Sé que me envidias,

lo sé de buena tinta. Conozco tus miraditas. Seguro que estás poniendo ahora mismo el ceño de papá. ¿Me equivoco? Anda, alégrate por mí aunque sea un poquito. Sé que esta decisión es el comienzo de mi nueva gran etapa. Estoy convencida.

Te escribo en cuanto me instale.

¡Mua!

Anne

De: Charlotte Rottenmeier

Para: Anne Rottenmeier

Asunto: Re: Mi nuevo trabajo

Anne:

Precisamente no son ellos los que me preocupan, ¡sino tú!
¿Les hablaste de tu mal carácter en la entrevista?
Jamás habría creído que te harías cargo de nadie que tuviera menos de cuatro patas.

Venga, vale. No voy a ser cruel contigo. Solo te daré unos cuantos consejos:

1. Por lo que me has contado, veo que esa niña no tiene madre. Si quieres conservar el techo bajo el que vives, procura ser AGRADABLE con ella. Tiene doce años, está al borde de la adolescencia. Es una edad complicada, ¿recuerdas?
2. ¿En qué consisten exactamente los «desórdenes» de la niña? ¿Les has explicado que no eres enfermera precisamente? El curso de primeros auxilios de la Cruz Roja no sirve. Te metiste en él para ligarte a Friedrich. Seguro que no atendiste demasiado.

3. Procura disfrutar de Frankfurt y de tu nueva vida. Ya sé que no es igual que la comodidad de casa y de la Universidad de Berlín, pero ¡tú has elegido este camino! Has ido allí a cumplir tu sueño, así que no te desanimes si tienes un mal día. Y, sobre todo, ¡no lo pagues con la niña!

Besos,

Charlotte

Tras leer el último correo de mi hermana, me di cuenta de que, como suele ser habitual, Charlotte llevaba razón. El berenjenal en el que me había metido era espinoso, aunque ya era demasiado tarde para echarme atrás.

No había modo de encontrar un maldito apartamento decente en Frankfurt. Al menos, uno con un precio asequible. El dinero que tenía ahorrado no daba para mucho. La cantidad había ascendido a base de esfuerzo y aportaciones familiares desinteresadas, y no podía permitirme malgastarla. Quería llevar adelante mis propósitos y no regresar a Berlín con el rabo entre las piernas, por eso me había lanzado a la búsqueda de una solución original que me salvara el pellejo.

Sabía que Charlotte no se había tragado el Disneylandia que le había relatado en mis correos. Ha ocurrido lo mismo desde que las dos tenemos uso de razón: yo intento edulcorar las situaciones poniendo mil excusas a favor, mientras ella me mira con una ceja levantada evaluando hasta dónde tragarse. Y, en esta ocasión, nada era diferente. Clara, la niña de la que tenía que hacerme cargo, poseía un historial médico diez veces más extenso que un señor de la tercera edad. Sufría un problema de riñón (algo que la obligaba a someterse a diálisis tres veces por semana) y mi misión consistía en hacerle la vida agradable.

Soy muy consciente de mi mal carácter. Creo sinceramente que en las situaciones engorrosas es mejor ser directa. Lo que pasa es que el resto del mundo interpreta mi actitud como cruel y despiadada. Hace años que asumí que mi visión de las cosas suele ser demasiado borde para la humanidad que me rodea. El único problema es que no soporto que nadie me lo diga.

De: Anne Rottenmeier

Para: Charlotte Rottenmeier

Asunto: Re: Re: Mi nuevo trabajo

Te equivocas. De cabo a rabo. En todas las cosas.

Esa niña va a besar su caro suelo de madera por donde yo lo pise, pues dispongo del comodín del piano (¡Ja! ¡No te lo esperabas!). Su padre me ha contratado precisamente por eso. Clara pasa mucho tiempo sola en casa y necesito distraerla, así que prefiere contratar a una cuidadora-música que le dé clases en lugar de a una cuidadora-enfermera.

Tu segunda equivocación es acerca de Friedrich y la Cruz Roja. He de decir que desde la primera clase sospeché que era una relación imposible. Pero ya sabes lo masoca que soy. No vi inconveniente en lanzarme a la desesperada: el boca a boca. Aunque mis esfuerzos no obtuvieron resultados en aquella ocasión (si llego a saber cómo acabó todo después, me habría apuntado a tejer punto), lo bueno fue que aprendí la respiración artificial como nadie. La mejor de la clase.

De todas maneras (y volviendo a Clara), según me explicó el señor Sesemann, es decir, su padre, el problema de salud está bastante regulado. Le conté que mis nociones

de enfermería eran básicas (digo yo que algo habré aprendido en el curso de la Cruz Roja) y pareció conforme.

De todas maneras, si veo que el trabajo no me convence o me impide ir a mis clases, siempre puedo dejarlo.

Al menos tendré un lugar para vivir mientras busco otra cosa.

Así que no te preocupes más.

Besos,

Anne

Más me valía que no fuera así. La peregrinación en busca de un cuarto habitable me había costado una semana de gastar dinero en noches de albergue y en valeriana. Había sido una travesía salpicada de caseros estafalarios que casi me había hecho arrojarme al río Main.

La primera de todas había sido Loca de los Gatos Número 1. Por el anuncio que había puesto en Internet, la casa tenía muy buen aspecto. Aseguraba ser diseñadora de interiores y se había preocupado por que las fotos fueran decentes y sofisticadas (vamos, que se había molestado en pasarles un filtrito de Instagram). Debí de sospechar que, al igual que ocurre en las fotos de personas, los filtros suelen ser el mejor recurso para tapar imperfecciones. La casa era tan vieja que nada más traspasar el umbral comprendí por qué el brillo de las fotos estaba tan aumentado. Tras mostrarme el cuarto infecto en el que pensaba emparedarme (aún me sigo preguntando qué filtro utilizó para retocar aquella foto), me dirigió hacia la cocina, donde me preparó un té y comenzó a acariciar a su gato bola de pelo.

La conversación derivó casi instantáneamente hacia su divorcio, su estado de nervios y la medicación que tomaba para superarlo (una charla verdaderamente adecuada para

alguien de dieciocho años que pretende alquilarte una habitación). Me tomé tan rápido el té que casi me abraso la garganta. Estaba claro que corría peligro si me quedaba allí un minuto más.

Mi segundo encuentro fue con Budista Rencoroso. No se había molestado en poner filtros a las fotos, pero el anuncio me pareció tan surrealista que decidí ir a conocerlo (¿Quién sabe? A veces, las apariencias engañan). Me encontraba a mitad de semana y la página de anuncios empezaba a resultar un páramo desasosegante. Este era el único en el que las fotos eran decentes:

Hola, futuro compañero (¡o compañera!). Vivo en un piso de tres habitaciones y me gustaría compartir mi casa con personas felices y que tengan pasión por la vida. Soy una persona a la que le encanta sonreír por lo menos cincuenta veces al día. Me dedico a dar clases de yoga, ajedrez y español. Por mi casa también se deja caer mi novia Theresa (bueno, nuestra relación no está muy clara en este momento) y mi gata Navidad, con las que podrás cruzarte por las mañanas. Los tres respetamos cualquier creencia, aunque practicamos el budismo y el veganismo. Si quieres vivir en un ambiente relajado y con olor a jazmín, mándame un mensaje y vienes a visitarnos.

Era estrafalario, desde luego. Pero la casa parecía luminosa, tranquila y, lo que es más importante: limpia. Daba la impresión de que con el budista podía irme bien.

Por desgracia, no había contado con la entrevista:

—¿Y por qué has decidido mudarte a Frankfurt? —quiso saber el budista cuando ambos nos sentamos a tomar un té.

—Para cumplir mi sueño —respondí—. He estado esperando a acabar el instituto para intentarlo. Me gustaría tocar

algún día en la Filarmónica de Berlín. En Frankfurt hay una de las mejores escuelas y querría ingresar el año que viene. Conozco a un profesor que puede prepararme.

Creía que un tipo como aquel entendería el significado de la palabra «esperanza». Sin embargo, su reacción no fue la que yo esperaba. Nada más pronunciar «Filarmónica», su rostro se ensombreció.

—Así que eres música —murmuró, vacilante—. ¿De qué instrumento?

—Violonchelo.

—Oh, Dios...

El budista se pasó una mano por la cara, tal y como si yo le hubiera anunciado la muerte de un ser querido. La gata Navidad fue a cobijarse sobre su regazo.

—Perdona las molestias —añadió, incorporándose—. Pero no viviré con nadie que toque un instrumento de cuerda.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. No tocaré en casa si eso es lo que te preocupa.

Sabía que ese ofrecimiento a la desesperada era injusto para mis intereses. Pero aquella casa me encantaba. ¡Me gustaba de veras! Siempre podría encontrar algún lugar en el que practicar fuera.

—No. No se trata de eso —aclaró él—. Es por culpa de Theresa.

El budista se giró hacia una pared en la que había pinchadas multitud de fotos de una rubia tocando una viola; la responsable de la relación complicada del anuncio, sin duda.

—Theresa y yo rompimos definitivamente hace dos días —confirmó el budista—. Y ha sido una relación tan tormentosa que he decidido no vivir con ningún músico más. Al menos ningún otro que tenga un instrumento de cuerda. Me daría muy malas vibraciones...

No podía creerlo. Ahora resultaba que sufría discriminación por instrumento. Que la cosa no hubiera importado de haber tocado la trompeta. Me pareció lo más injusto que me había pasado desde la indiferencia de Friedrich.

—Perdona que me entrometa en esto —le dije, bastante contrariada—. Pero, si sufriste tanto por esa relación, ¿por qué tienes fotos de ella por todas partes?

—Me ayudarán a superar mi rencor —respondió él—. Confío en que llegará un momento en el que me acostumbre a verla en cualquier sitio. Ahora mismo solo me apetece coger la viola de Theresa, cortarle todas las cuerdas y prenderle fuego en esa estufa de ahí. Pero me contengo por la pobre Navidad. Theresa ha sido su mamá y no está bien que yo cobije estos sentimientos tan dañinos hacia ella.

A pesar de que cualquiera hubiera salido corriendo dejando la conversación sin terminar, opté por quedarme un rato a acompañar al budista. Estaba deprimido y no me pareció bien abandonarlo así. Bueno, la verdad es que aún albergaba la esperanza de que me viera como alguien a quien contarle sus penas, se apiadara de mí y me dejara alquilarle el cuarto. ¿Síndrome de Estocolmo? ¿Premenstrual? ¿De loca demente? Quién sabe... Estaba tan desesperada por dejar el albergue que no me importaba arrastrarme un poco más. Cuando una se cambia de ciudad e inicia una nueva vida, jamás piensa en las locuras que va a cometer con tal de obtener refugio y comida. Deberían ponerle un nombre clínico. Algo así como «Síndrome de tragarte tus palabras (además de tus principios) con tal de no sucumbir en la cuneta». Aunque, en mi caso, y haciendo honor a mi ciudad de destino, tal vez sea mejor resumirlo como «Síndrome de Frankfurt».

Mi síndrome de Frankfurt se manifestó de bruces con Loca de los Gatos Número 2. (A pesar de que Budista Renco-

roso podría haber sido catalogado como un loco de los gatos, me pareció más memorable todo lo demás, por no hablar de que la pobre Navidad era lo más normal de aquel piso).

Loca de los Gatos Número 2 me recibió con una camiseta larga bajo la que se vislumbraba su ropa interior. No estoy en contra de que los caseros habiten sus casas como les plazca. Pero, francamente, si alguna vez recibo visitas, no suelo abrirles la puerta en camiseta y bragas. Procuré catalogar el detalle como un inconveniente menor (minúsculo a esas alturas de desesperación) y me adentré en el cuarto que se había atrevido a anunciar como casa.

—¿Y esto es todo? —pregunté al ver que la estancia no superaba los treinta metros cuadrados.

—No, bueno. También está el baño. —Loca de los Gatos Número 2 empujó una puertecita tras la que atisé un retrete pegado a una lavadora y una caja de arena.

De inmediato, busqué al gato. Me pareció increíble no haberlo encontrado aún en tan poco espacio. Supongo que estaba más sorprendida por la situación.

—Perdona, pero... ¿dónde se supone que voy a dormir yo?

—Pues, ahí, en el sofá cama —aclaró ella con el mismo tono que empleaba mi profesora cada vez que yo le preguntaba una tontería.

Al parecer, aquella mujer veía lo más normal del mundo alquilarme su salón. Y, cuando creí estar cayendo por la madriguera de Alicia, localicé al gato. Dormía plácidamente sobre uno de los cojines que estaban destinados a ser mi almohada.

Ahí es cuando fui consciente de que debía impedir que el virus del síndrome de Frankfurt acabara por aniquilarme. Puede que Loca de los Gatos Número 2 viera ideal el reparto de vivienda de la era soviética, pero yo no iba a permitir que

mi cama estuviera a la vista de cualquier visita, y mucho menos mi ropa interior.

Saqué mi móvil y fingí que lo consultaba; un recurso infalible para las maniobras de evasión.

—Huy, lo siento —me disculpé—. Tengo que irme.

—¿Tan pronto? —preguntó ella, sorprendida ante mi escasez de explicaciones—. Aún no has visto el balcón.

—No te preocupes. Seguro que las vistas son sorprendentes. De veras, tengo que marcharme.

Huí bajando los escalones de dos en dos y maldiciéndome por haber dado el paseo en balde. Había malgastado toda una tarde en llegar hasta aquel lugar apartado del centro y seguía sin resultados.

Estaba más que claro: a esas alturas de año, la página de anuncios era un catálogo de pirados. Solo quedaban los pisos de los dementes, los deprimidos o ambas cosas a la vez. Me sentía como en el patio del colegio cada vez que se repartían los equipos para jugar. Yo siempre me quedaba la última, sobre todo cuando había una pelota de por medio.

Me dije que tal vez debiera considerar una estrategia diferente. Hacer frente al síndrome de Frankfurt conservando la dignidad. Puede que la competencia se redujera considerablemente. Y entonces pensé en la opción de trabajar como *au pair*. Significaba ganar un dinero extra además del alojamiento. A una de mis vecinas no le había ido mal hacía dos veranos, y yo necesitaba con urgencia un lugar cálido en el que cobijarme durante el invierno.

Como ya estábamos a sábado, me vi a mí misma buscando anuncios de niñeras sentada en una cafetería. Tras descartar un par de ofertas de bebés (estoy loca, pero no llego a tanto), encontré un anuncio muy escueto que reclamaba a alguien para cuidar a una única niña de doce años. Así que llamé.

Cuando caminaba hacia las señas que me habían dado por teléfono, procuré no emocionarme demasiado. Es lo que sucede cuando tus esperanzas no hacen más que frustrarse: que, a pesar de la euforia, te mueves con el freno de mano puesto. Sucede lo mismo con las relaciones: por mucho que el cerebro trate de enfriarse, el corazón se acelera de esperanza.

Desde mi sillita en el vestíbulo, oteé las paredes cubiertas de antigüedades mientras aguardaba mi turno. Cerré los ojos y procuré controlar la respiración. A esas alturas, mi corazón daba tumbos como en un rodeo, pues presagiaba la suerte palpitando en las sienes. El barrio, el apartamento eran simplemente... perfectos. El trabajo no tenía pinta de ser muy duro, aunque sí metódico y responsable. De hecho esa fue la palabra que más oí decir al señor Sesemann durante los diez minutos que duró la entrevista: «Responsable». «Gran responsabilidad». «Sumamente responsable».

Mientras él hablaba agitando sus brazos de arquitecto mandamás, yo me preguntaba qué estilo de vida obligaba a aquel hombre a dejar a su única hija enferma en manos de una extraña. No había pasado conmigo más de cinco minutos y ya estaba dispuesto a pasarme la patata caliente en cuanto yo accediera a sus elegantes condiciones:

—Cuatrocientos euros a la semana con alojamiento y comida incluidos. La limpieza corre de mi bolsillo así como el gasto de tu transporte y el de Clara. Siempre hay dinero en la despensa para emergencias. ¿Crees que será suficiente?

Procuré no abrir los ojos más de la cuenta. Aparte de las clases de chelo del profesor Mölck, mi estancia en Frankfurt no pretendía ser muy estrafalaria. Aunque, con aquel sueldo, sin duda podría subvencionarme más de una juerga.

—Sí, por supuesto —carraspeé—. No está mal para empezar.

Era bueno dejar una puerta abierta para el ascenso. Que no se me notara muy entusiasmada. Por si acaso el señor Sesemann se daba cuenta de que aquel trabajo estaba tan incomprensiblemente bien pagado que su pregunta incitaba a la carcajada.

—Entonces, por mí de acuerdo —asintió él—. Solo hace falta saber qué opina Clara.

Clara Sesemann pestañeó. Había permanecido callada durante toda la entrevista escaneándome de arriba abajo. A pesar de que había tenido tiempo de sobra para reparar en cualquiera de mis imperfecciones (en la vida real no hay filtros de Instagram), se quedó mirándome un par de segundos más, lo suficiente como para meditar su intervención.

—¿Sabes tocar canciones de los Beatles? —espetó.

Me sorprendió aquella pregunta. Jamás habría pensado que en la escala de preferencias de aquella niña, aparentemente perfecta, hubiera hueco para una petición tan sobada. Aunque tal vez era lo más moderno que habría escuchado en su vida.

—Por supuesto —respondí—. Podemos tocar lo que tú quieras, desde Mozart hasta los Rolling.

—¿Y también los Beatles?

—Sí, los Beatles también. Pero si quieres puedo enseñarte cosas más de nuestro tiempo. ¿Te gusta Lady Gaga?

Clara levantó una ceja y miró de inmediato a su padre. El señor Sesemann nos observó desconcertado. Era evidente que mi propuesta le sonaba a música tribal.

—No importa —zanjé sin opción a réplica—. Ya nos iremos entendiendo.

Por fin, Clara ejecutó algo que podía interpretarse como una sonrisa. Miró a su padre y asintió con un leve movimiento de cabeza. Estaba contratada. Fraülein Rottenmeier des-

embarcaba en Frankfurt dispuesta a comerse el mundo. Y a mí me asaltó un escalofrío tan extraño que por poco me detiene el pulso. Una desazón inesperada que no supe cómo interpretar.

Cumplir los sueños no siempre es fácil. Sobre todo si te llamas Anne Rottenmeier, tu meta es ser violonchelista y tienes que mudarte a Frankfurt para conseguirlo. Como la vida se le complica, Anne acepta un empleo de *au pair* para cuidar a una niña enferma. Sin embargo, se topa con Clara Sesemann, una adolescente que no se atreve a rebelarse contra la vida que han diseñado para ella.

Para Anne, todo son señales y la vida está sembrada de ellas. Así se lo explica a Chicocafé, el único amigo que hace en la ciudad y que pronto se convertirá en algo más. Anne no se achanta a la hora de conseguir sus objetivos. Está convencida de poder lograr sus sueños sin tener que renunciar a nada. Y se propone que Clara también lo aprenda. Lo que jamás podrá sospechar es que sus destinos estarán unidos para siempre.

«Un revulsivo hecho letras, un “¡espabila!” que se lee de un tirón y es un tirón de orejas, una invitación a la vida, a la rebeldía con causa. Un libro luminoso que da felicidad».

Begoña Oro

«Una conmovedora y original novela de superación y esperanza que nos recuerda la importancia de luchar por nuestros sueños sin rendirnos ante las adversidades».

Javier Ruescas

1578523



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com